



# Los niños y sus sueños<sup>1</sup>

---

CARMEN MÉDICI DE STEINER

## INTRODUCCIÓN

Muchas veces hemos escuchado y verbalizado una arraigada frase: «Buenas noches, que sueñes con los angelitos...»<sup>2</sup>. Su divulgación generalizada muestra cómo en el acervo popular está sedimentada la creencia de que los niños sueñan o debieran soñar con *angelitos*, esto es, que sus contenidos oníricos lindan con la simplicidad, la felicidad, la hermosura. En tal sentido hay quienes, aferrados en el preconcepto de que tales producciones oníricas responden a la pureza de los pensamientos y emociones del psiquismo infantil, entienden que los sueños de los niños están signados por su *inocencia angelical*. Pero ¿dónde ubicar los sueños *malos*, los sueños *feos*, los denominados sueños de angustia, los sueños traumáticos y las pesadillas que también acontecen en el psiquismo infantil y más de una vez son omitidos, reprimidos y silenciados? Observemos a María Lucía (11 años):

*P –La noche no me gusta... ¿por qué existe la noche? A mí me gustaría que todos los días fueran de día. Un día me dormí a la una de la mañana. Mamá dice que soy de poco dormir. Creo que duermo poco porque tengo miedo. Miedo a dormir... ¡ahí aparecen los sueños! que me asustan mucho más que las otras cosas...*

1 Republicación, corregida y normatizada, de: Médici de Steiner, C. (1993). Los niños y sus sueños. *Libro Anual de Psicoanálisis*, 9, 209-221.

2 Frase tradicional verbalizada a los niños antes de dormir. Es usada en algunos países de América y Europa, por ejemplo, en Inglaterra: «Happy dreams», en Francia: «Bonne nuit; que tu rêves aux angelots, et aussi aux diabolins».

A –¿Por qué? ¿Recuerdas alguno?

P –*No me acuerdo. Sé que me asustan. Me despierto asustada pero no sé de qué. Dicen que hablo... que grito.*

A –Comenzaste diciendo que la noche te asusta más que el día... Tal vez la noche te asusta más porque los sueños tienen para ti cosas más peligrosas que las que te asustan durante el día.

P –*¿Será por eso que no quiero dormir...? ¿Es para no soñar...!*

Si acercamos el psicoanálisis al comentado dicho «Buenas noches, que sueñes con los angelitos...», el mismo no deja de aproximarnos, en parte, al Freud de 1900. Los sueños de los niños son puros cumplimientos de deseo: son simples, breves, no tienen deformaciones, no resultan interesantes: «No presentan enigma alguno que resolver» dice en *La interpretación de los sueños* (S. Freud, 1900 [1899]/1953a, p. 14)<sup>3</sup>.

Sin embargo, existe más de un Freud, por lo que he buscado:

- a. desvirtuar (sin detenerme explícitamente en ello) el arraigo de ese dicho: «Buenas noches, que sueñes con los angelitos» y poder adicionarle: «y también con los diablitos». El psicoanálisis nos permitió saber que los sueños de los niños, detrás de esos *angelitos*, esconden muchos *diablitos*. La frase disfraza con beatas figuras el mundo inconsciente del soñante, desfigurando así sus aspectos diabólicos, y en este artificio los *diablos* se tornan *ángeles*.
- b. *desde la teoría*, compartir algunas dudas. Los sueños de los niños ¿son simples realizaciones de deseos? ¿Son realizaciones de deseo y algo más? ¿Siempre entrañan la realización de algún deseo?
- c. *desde la técnica*, investigar qué lugar se da a los sueños de los niños. ¿Cómo nos traen los niños sus sueños? ¿Qué diríamos de nuestra técnica ante los sueños de los niños?

3 N. de la E.: Esta y las demás traducciones de la obra de Freud presentes en el artículo pertenecen a J. L. Etcheverry y, así como los números de página indicados por la autora en el original, corresponden a las *Obras completas* de Sigmund Freud editadas por Amorrortu.

La documentación psicoanalítica exhibe escasos ejemplos de sueños infantiles, así como de su manejo interpretativo, como dice Serge Lebovici (1981), los trabajos psicoanalíticos relativos a este tema no ocupan un lugar significativo en nuestra literatura.

Estos hechos y la importancia del tema introducen varios planteos e interrogantes.

Ahora, me propongo entrar en el proceso de la decantación.

DESDE LA TEORÍA

### **Sigmund Freud, introductor de los sueños de niños en el psicoanálisis**

Una relectura de los textos freudianos (dirigidos o implicados con sueños de niños) permite expresar un comentario válido para la teoría y la técnica psicoanalítica: cuando nos abocamos a entender el sueño de un niño, *¿no nos hemos quedado detenidos en el Freud de la primera tópica, en el Freud de la década del 1900?, ¿dónde dejamos al Freud de los sueños traumáticos, al Freud de la pulsión de muerte en el trabajo interpretativo de los sueños de la infancia?*

Antes de acercar respuestas, propongo seguir a Freud a través de distintos períodos.

Sigmund Freud en los inicios del siglo XX dice que los sueños infantiles son nítidas realizaciones de deseos. En el apartado 3 de *La interpretación de los sueños*, «El sueño es un cumplimiento de deseo» (p. 142), comienza a enfatizar que los sueños de los pequeños constituyen un fiel exponente de su famoso enunciado: los sueños son realizaciones de deseo. Se trata de sueños breves, simples, porque a su entender el aparato psíquico de los niños no es complejo y por lo tanto tampoco lo serían sus configuraciones oníricas. Señala que, a diferencia de los sueños de adultos, son formaciones psíquicas que no presentan enigmas ni deformaciones, o sea, los consideraba poco significativos.

En esta misma serie se encuentran aquellos sueños que amortiguan lamentos, pérdidas y frustraciones acaecidas durante el día anterior. Son los deseos no tramitados en la vigilia, los estímulos anímicos perturbadores

que movilizan la producción onírica, y el sueño sería una reacción frente a tales estímulos psíquicos. De ese modo, la insatisfacción devendría en satisfacción. En este caso, el sueño no es el perturbador, sino el guardián del dormir; sin su ayuda, no se dormiría.

Observamos que *el sueño no es el perturbador del dormir*, según la acusación que se le hace, sino *el guardián del dormir, el que elimina las perturbaciones de este*. (S. Freud, 1915-1916/1963, p. 118; subrayado del autor)

Freud (1900 [1899]/1953a) tomó los sueños de tres de sus hijos como representativos:

Anna (19 meses): «Ana Feud, fesas, fesas silvestes, evos, papía». (p. 149)  
[«Anna Freud, fresas, fresas silvestres, huevos, papilla». (p. 149)]

Matilde (8 años y medio): «Figúrate que he soñado que Emilio era uno de los nuestros, les decía a ustedes “papá” y “mamá” y dormía con nosotros en la habitación grande como nuestros chicos. Entonces vino mamá a la habitación y echó un puñado de grandes tabletas de chocolate, envueltas en papel azul y verde, debajo de nuestras camas». (p. 148)

Oliver (5 años y 3 meses): «Esta noche he soñado que estuvimos en el refugio de Simony». (p. 147)

A continuación, en ese mismo texto, Sigmund Freud hace este interesante comentario: más allá de que todo sueño conforme un sentido psíquico, hay que dejar abierta la posibilidad de que el mismo no sea idéntico en todos los sueños. Hay sueños que son claras manifestaciones de deseos cumplidos y otros que afectan temores, reflexiones, recuerdos, observación, que lo conducen a hacerse el interrogante que tan útil resulta a esta indagación para ir ubicándonos en el Freud de la pulsión de muerte: «¿Existen otros sueños que los de deseo, o acaso solo existen sueños de deseo?» (p. 143).

En esta fecha (si bien con una finalidad distinta), se pregunta si existirán otras construcciones oníricas, es decir, sueños no marcados por la

satisfacción de un deseo. El Freud de este período no llega, sin embargo, a abandonar la idea de que todo sueño (aun de angustia) cumple o satisface deseos: «podemos certificar que el excitador del sueño tiene que ser siempre un deseo y no puede consistir en una preocupación, un designio o un reproche» (S. Freud, 1915-1916/1963, p. 118).

En otros períodos de su obra empiezan a perfilarse cambios con respecto a la simplicidad de la diagramación onírica en la niñez, pero sin derrocar aún la fuerza pujante de los deseos. Así expresa en 1911:

No debemos dejar de mencionar el hecho de que en niños pequeños, pronto suelen sobrevenir sueños más complicados y menos transparentes... Insospechada riqueza puede tener ya el contenido de sueños de niños de cuatro a cinco años, como lo muestran los ejemplos de mi «Análisis de la fobia de un niño de 5 años». (1900-1901/1953b, p. 150, nota n° 11)

1915-1916: En la 8ª conferencia: *Sueños de niños*, asegura: «Son breves, claros, coherentes, de fácil comprensión, unívocos y con todo indubitables. Pero no crean ustedes que todos los sueños son de esta índole» (p. 115).

El autor transita aquí entre dos momentos teóricos: el que guarda reminiscencias de aquel 1900 y el que propone modificaciones a su enunciado inicial. Ya no enfatiza el adjetivo de simple, y junto con los sueños no desfigurados investiga los mínimamente desfigurados y los francamente desfigurados, como lo había adelantado en su nota de 1911. Una muestra de desfiguración onírica podría ser este sueño extraído de una compilación de sueños y cuentos narrados por niños realizada por un conocido literato uruguayo, José María Firpo (1974).

Yo andaba por un bosque muy tupido, de pronto vi en el ramaje unos grandes hombres peludos, con enormes dientes y orejas, que tenían unos garrotes; intenté huir, porque tenía mucho miedo, pero una hada muy hermosa y suave se me acercó sonriendo y me habló en un idioma raro. Yo no entendí nada, pero igual le dije que sí... total... Entonces ella me condujo a las alturas y al llegar a las ramas de los árboles yo también me transformé en un hombre peludo, y me dieron un garrote para mí solo... (p. 28)

Las variantes que Freud, progresivamente, incorporó a su teoría le permitieron concluir que los sueños de los niños pueden ostentar todos los caracteres típicos del trabajo del sueño. Tomemos por caso «Esquema del psicoanálisis» (1940/1966, p. 163), donde enuncia que los sueños originados en restos diurnos no tramitados suelen presentar dificultades en poner al descubierto no solo lo pulsional, sino el cumplimiento de un deseo.

1925: En una nota que aparece en *La interpretación de los sueños* (Freud, 1900 [1899]/1953a) entiende que los sueños infantiles deben ser interpretados y asevera. «La experiencia ha demostrado que en niños de cuatro a cinco años se encuentran ya sueños desfigurados, que requieren interpretación» (p. 146, nota n° 4).

Detengámonos ahora en los sueños de angustia, sueños que junto con lo expresado y los sueños traumáticos, constituyen el conjunto que busco exponer antes de responder a las preguntas iniciales.

### Sueños de angustia

No puede sorprender que Freud cuidara ya en 1900 el lugar que ocupaban los sueños de angustia en relación con los niños y dijera que, a pesar de que a veces presentan sueños en los que solo se reconoce lo penoso y ninguna huella del cumplimiento de un deseo, este es siempre el sedimento de todo sueño. A los sueños de angustia «en los cuales nos sobrecoge el más horripilante de los sentimientos de displacer [...] son muy propensos, justamente, los niños» (p. 154).

Una forma de ilustrar este apartado es exponer un sueño de angustia del propio Freud cuando tenía siete u ocho años y que aparece en *La interpretación de los sueños*.

Fue muy vívido y me mostró a *mi madre querida* con una expresión durmiente, de extraña calma en su rostro, que era llevada a su habitación y depositada sobre el lecho por dos (o tres) personajes con pico de pájaro. Desperté llorando y gritando, y turbé el sueño de mis padres. (p. 574)

Cuando era niño, y por efecto de la elaboración secundaria, adjudicó la angustia que el sueño le suscitó a la posible muerte de la madre, al asimilar el

rostro materno al de su abuelo moribundo. Transcurridas tres décadas puede autodecirse que la angustia debe ligarse, prioritariamente, a «una apetencia oscura», evidentemente sexual, y no a la idea de la muerte de su madre (p. 757).

En «La desfiguración onírica» (S. Freud, 1900 [1899]/1953a), enfatiza: «los sueños de angustia son sueños de contenido sexual en los que la libido que les corresponde se ha mudado en angustia (p. 178).

En el sueño, desfiguradamente, puede aproximarse munido de un pico, un pene, al lecho de su madre que reposa con un rostro complaciente, y en la vigilia nocturna, gritando y llorando, rompe la unión entre sus padres, elementos claros de moción incestual.

### Sueños de angustia y Juanito

Juanito (S. Freud, 1909/1962), uno de los personajes más mimados del psicoanálisis y uno de los niños más leídos para captar las fantasías, conductas y emociones de la infancia, ha sido un tanto *descuidado* en la comprensión de sus sueños. La sorpresa surge al ubicarnos en sus sueños y se acentúa cuando, conociendo el sitio en que Freud colocó los sueños de sus otros personajes clínicos, los de Juanito parecen no haberlo atrapado, a pesar de lo mucho que revelan acerca de los nodales teóricos que buscaba demostrar en ese entonces.

Reveré los tres sueños que aparecen, cronológicamente, en el historial de Juanito junto con otras experiencias vitales, y valiéndome de lo interpretado en su fobia, trataré de develar el contenido oculto de los mismos. Es una fobia que surge tras el tercero de ellos y que, precisamente, es el sueño de angustia.

Corría el mes de abril de 1903, Juanito tenía 3 años y medio cuando nació su hermana Hanna.

#### *Primer sueño (3 años y 9 meses)*

«Hoy, cuando estaba dormido, he creído yo estoy en Gmunden con Mariedl» (p. 12).

Al relatarle el padre a la madre (en su presencia) tal sueño, el niño observa, rectificándolo: «No con Mariedl; yo totalmente solo con Mariedl» (p. 12).

Una mañana, como todas las mañanas, cuando tenía 4 años y tres meses, es bañado, secado y entalcado por su mamá. Cuando la madre le entalca el pene, Juanito dice:

*Hans* [...]: «¿Por qué no pasas el dedo ahí?».

*Mamá*: «Porque es una porquería».

*Hans*: «¿Qué es? ¿Una porquería? ¿Y por qué?».

*Mamá*: «Porque es indecente».

*Hans* (riendo): «¡Pero gusta!». (p. 18)

### *Segundo sueño (4 años y 3 meses, muy cercano al episodio anterior)*

«Escucha, hoy a la noche he pensado: “Uno dice: ‘¿Quién quiere venir conmigo?’”. Entonces alguien dice: “Yo”. Entonces tiene que hacerlo hacer pipí”» (p. 19).

El padre observa un cambio en el pronombre cuando le hace contar un sueño nuevamente. Sustituye el *yo* por *ella*. Se modifica el enunciado: «Entonces ella tiene que hacerme hacer pipí» (p. 19)

A los cuatro años y medio mira de nuevo cómo la madre baña a Hanna y comienza a reírse: «“Me río del hace-pipí de Hanna”. [...] “Porque el hace pipí es muy bonito”» (p. 20).

### *Tercer sueño (en los primeros días de enero del 1908 Juanito tiene 4 años y 9 meses)*

Aparece de mañana, llorando. Cuando la madre le pregunta qué le sucede, dice: «“Cuando dormía he pensado tú estabas lejos y yo no tengo ninguna mami para [...] acariciar”» (p. 22). Freud agrega: «Por tanto, un sueño de angustia» (p. 22).

Tomemos el primer sueño. Si nos atenemos a Freud, el sueño refleja añoranza por Gmunden y nos alienta a ubicarnos en un sueño simple, carente de desfiguración, donde se realiza el deseo de retomar ese lugar, dejándonos un estrecho margen interpretativo. Sin embargo, aún desde lo *preedíptico*, podríamos también delinear que puede tratarse de un sueño donde



se percibe ya, aunque escaso, un proceso represivo, donde Mariedl estaría representando a la figura materna. En este sueño se asoma su deseo de tenerla toda para él luego del nacimiento de Hanna. Se trataría de un sueño que muestra un reencuentro con lo dual, la anulación de la pérdida y del abandono materno. En definitiva, la realización de un deseo, tener totalmente solo para sí a su madre porque ella no lo cuida tanto. Frustraciones que Freud no descuidó, pero que no relacionó con este sueño de Juanito.

Un contenido onírico de esta naturaleza puede interpretarse también *desde el complejo de Edipo*: si el padre ha quedado afuera, es porque la rivalidad le permite sostener, inconscientemente, su deseo de tener solo para sí a la madre y excluir al padre.

Ubicados en el segundo sueño, Freud adelanta que este se ha tornado irreconocible por la desfiguración onírica. Es un sueño que adviene *a posteriori* de una escena con la madre donde las seducciones entre uno y otro son ostentosas, y donde Juanito expresa con sinceridad sus deseos de que la madre le toque sus genitales. Esta seducción también es expresada con claridad sin la desfiguración aludida por el autor durante el soñar: lo que el niño hace es invitar a la amiguita, mamá, para que lo asista en una micción y para que su «mummy» mire, admire y acaricie sus órganos genitales. El deseo vigil insatisfecho quedaría así abastecido por un deseo onírico satisfecho.

El tercer sueño surge *a posteriori* de una situación familiar con un matiz tragicómico, donde Juanito comienza a transitar por la diferencia de los sexos y la desmentida de la universalidad del pene que desdibuja la angustia de castración. Es un producto onírico sombreado de soledad, angustia, en controversia con la apelación del suceso cómico, maniaco de la vigilia, mirando el genital de su hermanita. Preanuncia el *sustratum* del síntoma fóbico que prontamente desplegará: su terror a alejarse de casa, mamá.

Desde la perspectiva de la zoofobia, tanto el sueño como la fobia ¿no podrían tener la marca del retorno de lo reprimido? Uno y otro repiten la experiencia de separación y su necesidad de no alejarse de la figura materna.

Hemos llegado a la marca del retorno de lo reprimido y corresponde dejarle espacio a los sueños de otra naturaleza, los anunciados sueños traumáticos o sueños con propensión al trauma. Los primeros serían sueños vivenciados con una desmedida intensidad del temor que los haría

equiparables a las experiencias traumáticas de la vigilia. Los segundos serían aquellos que si bien en el momento en que son soñados no son considerados traumáticos, dejan la huella de trauma, descubriéndose posteriormente su demoníaca supervivencia.

### Sueños traumáticos

Necesitamos ubicarnos en el Freud de 1920, cuando, al escribir *Más allá del principio de placer*, se replantea investigar en los sueños traumáticos su casi axioma: los sueños son siempre realizaciones de deseo. Serían aquellos sueños donde el sujeto, más que transitar por la satisfacción de sus deseos, transitaría, repetitivamente, por complejos psíquicos traumáticos de los que no puede desembarazarse: «En lo inconsciente anímico, se discierne el imperio de una compulsión de repetición... que tiene suficiente poder como para dobligar al principio del placer...», dice Freud ya en *Lo ominoso* (1919/1955c, p. 238; subrayado del autor), o sea, el año anterior a publicar *Más allá del principio de placer* (1920/1955a).

Freud describe en *Más allá del principio de placer* «un hecho asombroso» (p. 20): las expresiones psíquicas marcadas por la satisfacción. Y agrega: «la pérdida de amor y el fracaso, dejaron como secuela un daño permanente del sentimiento de sí, en calidad de cicatriz narcisista» (p. 20).

Para este tipo de sueños, Freud comienza a buscar un basamento de otra naturaleza, al que ubica «más allá del principio de placer».

James Strachey en la «Nota introductoria» (1955/1990) de *Más allá del principio de placer* hace mención a una conferencia dada por Freud en setiembre de 1920 en La Haya, denominada «Complemento a la doctrina de los sueños», de la que podríamos extraer que existen dos modalidades oníricas.

Unas responden a la realización de algún deseo. Entre ellas están las que no lo exhiben con total claridad, y otras que lo desfiguran de un modo tal que muchas veces nos hace dudar de su existencia y potencialidad. Pero el deseo siempre está presente.

Otras,

plantean, a juicio del orador, una excepción [...] son ellos los denominados «sueños traumáticos», como los que tienen lugar en personas que han

sufrido un accidente, pero también los que en el curso del psicoanálisis de neuróticos les vuelven a hacer presentes unos traumas olvidados de su infancia. (p. 5)

Antes de seguir con el desarrollo de este punto, no podría excluir un comentario. En *Más allá del principio de placer* admite que se ha remitido a un artículo de Sigmund Pfeifer para plantearse una nueva hipótesis en relación con los juegos, en particular con los juegos repetitivos. Hipótesis que, posteriormente, hará extensiva a los sueños. En ese escrito, Pfeifer muestra los comentarios recolectados al observar los juegos de los niños, especialmente aquellos signados por la repetición. Aparentemente, este autor tuvo interés, antes que Freud, en sondear las particularidades de los juegos repetitivos. En su artículo «Expresión de las pulsiones eróticas infantiles en el juego» (Pfeifer, 1919), infiere múltiples similitudes entre el jugar y el soñar durante la infancia, quedando S. Pfeifer entre los pioneros en homologar los mecanismos oníricos y lúdicos, al igual que lo hiciera Melanie Klein<sup>4</sup>.

Sigmund Freud describe, en *Más allá del principio de placer* (1920 [1919]/1955a), el juego repetitivo de su nieto de 18 meses, quien, manipulando pequeños objetos, los alejaba profiriendo un «Oooooh» (*fort*, se fue). El juego pareció complementarse cuando en un determinado momento, jugando con un carretel de madera atado a un hilo, junto al «O-o-o-o» (p. 15), apareció el «da» (acá está). El significado del juego aludía tanto al alejarse como al acercarse de su objeto de amor: la madre. Juego que podemos unir con un sueño que el pequeño tuvo cercano a esa fecha, vinculado a una separación con el padre:

Si no me equivoco, el primer sueño que tuve noticia de mi nieto de 20 meses... (aconteció) la noche anterior al día que su padre debía partir para el frente. El nieto exclamó entre fuertes sollozos: «Papá... papá... nene! Esto

4 Esta autora, por ejemplo, en «Fundamentos psicológicos del análisis del niño» (Klein, 1932/1975), dice: «El niño expresa sus fantasías, sus deseos y sus experiencias de un modo simbólico por medio de juguetes y juegos. Al hacerlo, utiliza los mismos medios de expresión arcaicos, filogenéticos, el mismo lenguaje que nos es familiar en los sueños y solo comprendemos totalmente este lenguaje si nos acercamos a él como Freud nos ha enseñado a acercarnos al lenguaje de los sueños» (p. 27).

no puede significar sino que papá y nene permanecerían juntos, mientras que el llanto admite la inminente despedida. (p. 458, nota n° 3)

Según el autor, este sueño expresaría, sin ambigüedades ni deformación, el deseo de permanecer cerca del padre. A mi entender, tal sueño ya estaría signado por la compulsión a lo repetitivo. Lo trasladaría, al igual que el juego del carretel, a la frustrante experiencia de perder a un ser querido. Por eso planteo si el sueño con su padre sería ¿un sueño que realiza el deseo de unirse con él? ¿Un sueño de angustia por sus deseos incestuosos y hostiles con el consiguiente castigo? ¿La confirmación de que en el estado de dormir se reproduce la compulsión a lo repetitivo que caracteriza, en su estado vigil, al juego del carretel?

En este infante, durante su jugar y durante su soñar, se sucederían fenómenos psíquicos homologables. En ambos, reiteradamente aparecería la misma representación junto con idéntica emoción: ante una eventual pérdida o alejamiento, el niño expresa su valencia y la angustia no se manifiesta (es él quien abandona, y no el abandonado); en el estado de dormir dichos afectos se mantienen inmodificados y la angustia es francamente expresada.

En el jugar arrojando juguetes mostraba su frustración (herida narcisista no resuelta) por las frecuentes partidas de su madre; jugar que se repetía también ante partidas de su padre. Por otros datos sabemos que, cuando su padre se ausentaba por motivo de guerra, solía arrojar juguetes mientras gritaba que se fuera a la guerra. En el soñar, al igual que en el jugar, la frustración también se manifestaba.

Jugar y soñar quedan en él unidos. Ni el uno ni el otro consiguen tramitar placeres o deseos. Una y otra producción reiteran repetitivamente la pérdida de sus personas amadas.

Freud no investigó la compulsión a la repetición en sueños de niños, pero a través de estos datos podemos deducir que ni aun los sueños de los niños podrían ser una excepción a la repetición y que no todos los sueños de los niños son portadores del tan comentado cumplimiento de deseos.

Mi planteo es entonces:

1. mostrar cómo se puede extender la hipótesis freudiana del trauma de los niños y ampliar la génesis de los mismos al desplazar la conocida consigna de que ellos son solo realizaciones de deseos.
2. enfatizar en el tratamiento analítico infantil el alcance de los sueños traumáticos o aquellos con propensión al trauma.

En los dos apartados subsiguientes se continúa ejemplificando esta propuesta.

*a) Sueños traumáticos o con propensión al trauma en niños*

Centro la atención hacia lo que podríamos enunciar como anecdótico, por un lado, en «Buenas noches, que sueños con los angelitos...», y por otro, en el sueño de angustia que tuvo el Hombre de los Lobos (1918/1955b, p. 29). Este sueño suscitó en dicho personaje una impresión psíquica tan profunda que hasta los once o doce años, más de un lustro después de haberlo soñado, tenía el temor de revivir otro sueño de angustia y transitar nuevamente por contenidos oníricos terribles.

Freud, en *Inhibición, síntoma y angustia* (1926/1959), señala que la esencia de una situación traumática es una experiencia de desvalimiento por parte del yo frente a una acumulación de excitación de origen externo o interno, que es vivenciada con mucho temor. Su intensidad signará el presente y el futuro psíquico del individuo. Diversos estudiosos han descubierto conexiones causales entre las experiencias traumáticas de la niñez (internas o externas), los sueños de la infancia y los síntomas neuróticos o psicóticos consiguientes. Observan cómo, luego de ocurrido el trauma, aparecerían cambios en las conductas, en el pensamiento, en las fantasías y en los sueños. También acontecía un fenómeno particular: para el sujeto, es el propio sueño lo que se vuelve traumático, desplazando el suceso traumático primordial. El sueño, más que el suceso, deviene como productor de síntomas, defensas y emociones.

Charles Rycroft (1979) en *La inocencia de los sueños* (Saussure, 1982), señala que los sueños traumáticos se convierten en un punto de fijación en

el cual se centran los impulsos y en torno al que giran las fantasías. Para él, los sueños traumáticos inciden en el soñante con tanta excitación que es imposible que la misma se descargue en el proceso de dormir; su vivencia es similar a la experimentada durante el trauma.

Para Ángel Garma (1970), el sueño, *per se*, sería un acto traumático. Los pensamientos que proceden de los contenidos reprimidos dan lugar a situaciones traumáticas muy intensas en el durmiente; cuando los pensamientos reprimidos de deseos destructivos o libidinales se imponen y no es posible volverlos a reprimir (por estar debilitadas las cargas del yo), el soñante los percibirá traumáticamente.

Por estas características, el yo dormido de un individuo juzgará erróneamente que lo traumático que está percibiendo no son puras fantasías sino que constituyen una visión de sucesos que le están ocurriendo verdaderamente en su mundo exterior. (p. 600)

Es más, Ángel Garma se pregunta si no es demasiado a menudo que definimos los sueños como satisfacciones de deseo. Conforme a su postura, piensa que, algunas veces, las realizaciones de deseo tendrían un rol secundario en la génesis del soñar. En su artículo, analiza algunos sueños de niños presentados por Freud e insiste en que tanto los sueños de Anna Freud como el de su sobrino no resultan demostrativos para justificar que todo proceso onírico conlleva una realización de deseo.

Serge Lebovici (1981), que mantiene la misma línea de Garma, considera que los sueños infantiles no son solamente realizaciones de deseos, sino que poseen *valor de síntomas*. Desde este ángulo, el sueño, trauma, síntoma introduce un funcionamiento psíquico que conduce a los representantes del inconsciente a la expresión. Está al servicio de la expresión, pero condenado a la repetición que reedita en *sucesivos après-coup* el trauma patógeno original. Lebovici de el Hombre de los Lobos opina: «En estas condiciones, no es el trauma, en tanto inscrito en la sucesión de los hechos, lo que organiza la neurosis, sino que es el sueño del Hombre de los Lobos el trauma patógeno» (p. 141).

Scott Dowling (1982) en «El sueño infantil con dimensión de trauma» [«Dreams and dreaming in relation to trauma in childhood»] describe

lo sucedido a un niño de diez años que a los tres años y medio sufrió un trauma grave sobre el que posteriormente edificó sueños traumáticos. Lo seguiremos en el singular movimiento de su existir, en el que englobaremos el acontecimiento original, el sueño traumático y su desenlace, todos con contenidos tristes y perversos:

Apenas nació, la madre y la abuela comenzaron a librar una verdadera batalla por el control de su cuerpo y de sus afectos. La abuela lo alentaba para que se vistiera y se portara como una niña, mientras que la madre se sentía impotente de intervenir. Cuando Sam cumplió tres años, la abuela tuvo un ataque de apoplejía y quedó parcialmente inválida. Sam se mudó a su dormitorio, dormía con ella, la peinaba, observaba su obeso cuerpo macizo vestido o desnudo. A pesar de su enfermedad, la abuela lo tenía en brazos casi todo el día. Cuando Sam cumplió tres años y medio, la abuela cayó al piso en estado de coma con él en brazos, y murió ante los ojos del niño. La madre reaccionó con retraimiento y depresión. A Sam lo llevaban todos los días en ómnibus a una guardería, pero comenzó a mostrarse terriblemente ansioso, lo cual provocaba castigos corporales por parte del padre. (p. 163)

S. Dowling lo conoció cuando Sam tenía 10 años y trabajó analíticamente durante un lustro con una frecuencia de cinco veces semanales. Era un niño obeso, al cual le fascinaban las mujeres de largos cabellos. Sus juegos, sueños, síntomas, vínculos eran claras reiteraciones, apenas adulteradas, de la situación traumática vivida al morir la abuela: una y otra vez sus sueños mostraban escenas donde él caía o en las que la abuela o su analista caían. Así como no era capaz de gozar de su propio cuerpo, mutilaba, maltratando, torturando, inmovilizando a todo pequeño animal que pudiera agarrar. Durante su extenso tratamiento, apenas se dieron algunas modificaciones temporarias, sin cambio permanente en su impulso por reeditar los meses fatales y las conductas de sus figuras familiares.

«Ahora tiene más de 20 años, sigue viviendo esos viejos traumas, es un transvestista, una caricatura obesa de la abuela seductora y vengativa, de largos cabellos» (p. 163), agrega el autor en su artículo.

Otro de sus pacientes: Dan (7 años), fue intervenido quirúrgicamente en sus genitales como una medida para eliminar su problema de enuresis.

Acto quirúrgico que tuvo consecuencia de trauma al fortalecerse con elementos edípicos no elaborados. «La experiencia quirúrgica traumática, asociada con el dolor y con la pérdida de sangre por el pene, cristalizó sus deseos y temores homosexuales pasivos» (p. 163). En sus sueños, dice: «me amputaban las piernas y entonces mi padre me quería» (p. 163).

Fuera de los sueños presentados, no es común recoger en los escritos psicoanalíticos sueños traumáticos o sueños con propensión al trauma en el trabajo analítico con niños. Con sueños de esta naturaleza los enigmas se multiplican para la teoría y para la técnica psicoanalítica. Si tales sueños pueden tener tal potencialidad, ¿por qué muchas veces no son más profundizados en la tarea analítica? ¿Por qué nos hemos afianzado, en general, en el Freud del 1900 y afines para analizar el proceso onírico de los niños? Esta carencia me ha llevado a extender la muestra del material clínico a la psicosis.

#### *b) Sueños traumáticos en la psicosis*

A lo largo de esta exposición muestro que el interés es transitar por *los niños y sus sueños* en la normalidad y en la neurosis. Sin embargo, quisiera dedicar un espacio a los sueños de Lara, púber psicópata de 12 años (Médici de Steiner, 1983). El transcurso del tiempo me certifica que, además del carácter de angustia, sus sueños conllevan el carácter del trauma: su frecuencia, su temática reiterada, la rigidez simbólica, la similitud de las fantasías en la vigilia y en el soñar, en los afectos y en lo narrativo.

En la fuerza temática de sus producciones oníricas y no oníricas, transita permanentemente por el no ver lo que miró. Existe en una ceguera porque el ver la enfrenta a «Todo es mierda» o «¡Todo lo que veo es guerra...! Las guerras. Lo que miro. No puede ser. La guerra de Irak, de Irán, de América, en Oriente. Tiran granadas y bombas... La gente se muere. Se tiran pedradas, se pegan. Es increíble... ¡Es increíble que la gente se lastima así! No quiero más. No quiero ver».

Desde 1987 estuvo prácticamente adherida a la página de una revista donde aparecía un soldado de Irak tendido en una cama hospitalaria con los ojos vendados, página que llevaba de un lado a otro y de la cual no toleraba separarse. Si eso ocurría, sus crisis de furia y de angustia eran muy



intensas, hasta llegar un momento que de la revista quedaron «hilachas», al decir de la familia. Las líneas interpretativas sobre el hecho fueron muchas, incluidas la del no querer estar enferma y aislada, hipótesis que siempre rechazaba, hasta que apareció este sueño a partir del cual comenzó a hablar del querer estar ciega:

*P -Sí, una pesadilla que quema los ojos me deja ciega. ¡La pesadilla me quemó los ojos! ¿Viste? ¡Es una cara vendada! Le pongo pelo... Está toda quemada. Tiene un ojo ciego. Está totalmente ciego. ¡Por favor!... ¡Pobrecita, es una nena! Le va a derretir los ojos. Esta nena es una nena ciega, mirá... no ve. Este ojo se le abrió. Este otro está cerrado. Ciego. ¡No se va a curar! Capaz que se quemó demasiado. ¡Qué pena da! Y también llora. Mirá cómo llora... pobrecito es un hombre quemado.*

Este sueño es seguido por fantasías persistentes (en el soñar y en la vigilia) de negarse a mirar lo que rodea, atrapando la atención el tema reiterativo de sus contenidos; la ceguera, solo que ahora puede verbalizarlos. Fantasía muchas veces rechazada y temida, pero, las más de las veces, buscada.

Veremos un fragmento de otra sesión:

*P -Mi cabeza anda mal. No pienso. Mi cabeza es un espanto... me da vergüenza. ¡Me quiero ir! Yo no me quiero curar, quiero estar enferma. Quiero quemarme los ojos para no ver... para no llorar. Es una enfermedad. Es un cáncer que no me deja ver. No me deja ver los árboles, los caballos, los perros, los pájaros...*

Lara, con sus contenidos oníricos y vigiles nos hace conocer la dramaticidad y lo impredecible de su psiquismo dominado por la fuerza tanática de lo repetitivo. Fuerza que la hace aferrar a su ceguera y le niega la posibilidad de tolerar el entorno. A veces, logra vencerlo, y ahí, con «un ojo quemado y otro sano», logra mirar y ver la realidad interna y externa. Es una visión que se caracteriza por ser selectiva y frágil, aún muy distante de una visión total y duradera.

## DESDE LA TÉCNICA

Para comprender qué lugar se le da al fenómeno onírico, puede resultar útil extraer las dos posturas encontradas a este respecto: hay psicoanalistas que desestiman, en mayor o menor medida, las producciones oníricas de los niños, y otros que las estiman.

Los que desestiman el peso de los sueños en el proceso analítico dicen que ellos tendrían una relevancia inferior a las actividades lúdicas, dibujos, verbalizaciones, acciones y demás expresiones infantiles. Habría, respecto a su relato, contenido, inserción terapéutica, analizabilidad, transmisión y traducción de sus contenidos manifiestos a los latentes, una infinidad de dudas, por las que los que están en esta línea cuestionan darle el mismo *status* que a las restantes formaciones del inconsciente.

En oposición con esta postura teórica, hay otros autores, entre los que destaco a Anna Freud (1927/1974). Para ella, los sueños de los niños son un terreno del que no tenemos nada nuevo que aprender si tomamos como modelo el sueño de los adultos. Por otra parte, ellos ofrecen la misma jerarquía analítica que las otras formaciones del inconsciente. Concluyen que sueñan con idéntica frecuencia que los adultos y que, si bien sus contenidos son de interpretación fácil, reconoce que no son tan transparentes como los que se alude en *La interpretación de los sueños*. En los sueños de la infancia aparecen las deformaciones oníricas propias de la resistencia y se puede trabajar con ellas como con cualquier otra manifestación del inconsciente: «me dedico a seguir un rastro, junto con mi paciente. La búsqueda de los elementos oníricos le divierten como si se tratase de un rompecabezas» (p. 34).

Con respecto al segundo planteo, la experiencia permite saber que, sin duda, son múltiples las modalidades en las que un niño puede traer sus sueños al análisis, pero no siempre traen sus sueños. Los niños, muchas veces los olvidan, los ocultan o los reprimen.

G. E. Blom (1960) cita a Natham Root, quien en su artículo «Algunas notas sobre los sueños de ansiedad en la latencia y adolescencia» (1949) menciona a un grupo de niños que cuando tenían sueños desagradables, trataban de no recordarlos, de no traerlos, pero cuando esto no podía ser evitado y el contenido onírico aparecía sorpresivamente, intentaban

suprimirlo o evitarlo: «Son demasiado desagradables y no quiero pensar en ellos» (p. 233), expresó un chico.

G. E. Blom indica que Marjorie Harley (1949), investigando los sueños de los niños, encuentra que, en general, estos están ausentes, tanto que muchas veces se mantienen ausentes durante todo un tratamiento. Del muestreo observó particularidades psíquicas comunes entre muchos de ellos: «Son niños que sufrían mucho en su vida de vigilia, tenían fantasías desagradables, ansiedad generalizada, muchas desilusiones, limitada tolerancia al displacer y poca capacidad para el placer» (p. 220).

Recordemos, entre los pacientes citados en los primeros párrafos de este trabajo, a María Lucía, púber con rasgos psíquicos afines con los recientemente planteados, que no pudo traer ningún sueño durante el curso del tratamiento analítico por el terror que le provocaban (tratamiento interrumpido por tener que trasladarse al exterior).

Harley asegura que cuando no están ausentes, suelen ser de todas formas menos frecuentes que en el análisis de adultos, y cuando logran traerlos, no es extraño que rechacen tajantemente las interpretaciones. Ilustraré esta opinión con un sueño de otro de mis pacientes, Hugo (6 años):

P *-Antes de irme te quiero contar una cosa que pasó. Que pasó en Disneylandia. Un niño y el papá fueron a acampar a Disneylandia. El niño se perdió en una cabaña alumbrada con leña y un hombre prehistórico... Nada más...*

A *-¿Nada más...? ¿Y ese niño perdido en una cabaña? ¿Y este hombre prehistórico que aparece en el sueño?*

P *-¡Nada más...! Era un sueño. Ya pasó. Y nada más.*

A *-Como si no quisieras saber nada más de él.*

P *-¡No!*

Si el sueño vivenciado por el niño como una interrupción del inconsciente (fracaso de la represión), el soñar lo enfrentaría descarnadamente, más allá de toda desfiguración con su verdad pulsional. Y esto es lo que el niño trata desesperadamente de no recordar. Por otra parte, narrándolo, el niño es sometido a la experiencia de aceptar el contenido onírico como propio. Como propio y real: es conveniente no olvidar que, para ellos, los

sueños los acercan a sucesos realmente experimentados (creencia que únicamente el devenir del tiempo modificará).

Por otra parte, no podemos descuidar que una de las fantasías básicas de los pequeños durante ese período de vida es que todo lo pueden, que todo lo controlan, que omnipotentemente pueden gobernar el entorno, y los sueños son estructuras que escapan de su dominio. No obstante, aparecen situaciones que en cierta forma derrumban lo anteriormente documentado; tomemos por caso a Arminda Aberastury. En su libro *Teoría y técnica del psicoanálisis* (1962/1969) relata el tratamiento de una púber de 12 años que sufría de colitis ulcerosa, cuyo análisis se desarrolló, básicamente, en una sucesión de sueños que traía sesión a sesión, y la tarea interpretativa que ellos oficiaron.

Existe una modalidad especialmente particular de traer los sueños al análisis; me refiero a los sueños intrincados con los ensueños. Al escuchar a un niño relatando un sueño, no es infrecuente que nos descubramos preguntándonos: ¿será un sueño o será un ensueño? El soñar diurno y el soñar nocturno son, en estos casos, actividades ligadas a la satisfacción. En uno y en otro, el cumplimiento de deseos parece ser la condición *sine qua non*, pero mientras uno es pensado, el otro es vivido y alucinatoriamente vivenciado. Ambos responden a fantasías, pero en uno sabemos que estamos fantaseando, son pensamientos que podemos controlar, darles un curso fijo o móvil, frondoso, variado. Podemos retenerlos, desecharlos, retomarlos, adecuarlos a nuestras necesidades y deseos.

Estos ensueños o sueños diurnos tienen motivaciones transparentes: satisfacción de poder, ambición, erotismo, hazañas heroicas, realizaciones dantescas. Y los niños muestran una facultad: unos, hablándonos de un ensueño nos están trayendo un sueño; otros, amalgamando un sueño con un ensueño logran que los contenidos de uno y otro se tornen indiferenciables; los hay que hablándonos de un sueño están construyendo un ensueño. Mediante la omnipotencia, embellecen las producciones oníricas, metamorfoseando sus contenidos, idealizando personajes, gozando de situaciones que, posiblemente, durante el dormir no fueron placenteras.

Nuevamente nos encontramos con Hugo, que hasta ese momento seguía parapetado en no hablar de sus sueños. Sin embargo, al conjugar un sueño con un ensueño, nos dejó saber algo más de una producción onírica.

P -¡Tantas... tantas trampas...! ¡Tanta agua...! El barco se puso en el agua y los indios se tiraban al agua porque el barco se iba a hundir. El barco se fue hundiendo. ¡Estaba tan solo...! ¡El barco era capaz de destruirse! Se disolvió y se transformó en hoja. La hoja los atrapaba... Los abrazaba así y así... y así se fueron los indios. ¡Miralos! Abrazados por una hoja... ¡Es un invento! El agua se llenó de monstruos. El monstruo marino era una niña muy gorda... muy gorda. Uy... ¡me acordé! Anoche soñé... había una niña. Una niña monstruo que vivía en el mar. Se ahogó en el Atlántico... pero vive. Ella no se muere. Cuando salta, ¿sabés qué hace? ¡Nos asusta a todos! ¡La nena se hunde y ahora la tiro a la caja!

A -¿Y esa nena...? Estaba en tus sueños y ahora está en tu caja.

P -Es una nena monstruo que está en todos lados... ¿Te lo dije? Anoche la nena monstruo gorda estaba en el sueño. Hoy está en la caja. Vive en todos lados. Yo la llevo de un lado para otro. ¡Y basta...! ¡De esto no quiero hablar más!

En tercer término, ¿qué diríamos de nuestra técnica ante los sueños de los niños? Los autores que jerarquizan el lugar de los sueños en el proceso psicoanalítico opinan que nuestra tarea sería más efectiva si la actitud técnica fuera distinta. Ellos dudan que hayamos alcanzado una escucha y una respuesta adecuada en relación con los mismos. En torno a este punto, se entran múltiples reflexiones en las que se privilegia el modo de operar del analista, aspecto considerado clave para facilitar los relatos y el análisis de los sueños.

Colette Chiland (1974) hace una observación muy fina: es frecuente en la técnica analítica que, en ocasiones, el analista le proponga al niño «hacer lo que tú quieras» (p. 215; consigna que el niño capta y convalida rápidamente), más que «hacer y decir todo lo que tú quieras» (p. 215). La primera consigna facilita que muchos pequeños tiendan al haciendo y escatimen el diciendo, es decir, privilegiarían excesivamente el hacer en detrimento de la palabra. Con respecto a ese punto, se generan múltiples puntualizaciones. Reseñaré solo dos. Una, si bien habitualmente el analista incorpora en la consigna la propuesta de pedirle al niño que hable de lo que piense, imagine lo que se le ocurra, son obvias las vicisitudes a las que podemos exponer un tratamiento cuando no está explícitamente mencionada. Otra, profundizando en el tema *los niños y sus sueños*, reconozco que

no siempre he incluido la consigna que ellos me hablaran de sus sueños.

Esto me lleva a una reflexión de Mercedes Freire de Garbarino. En su artículo «La entrevista de juego» (1986), señala la importancia y necesidad de decirle sistemáticamente a cada niño los objetivos del encuentro analítico. Esta precisión nos permite deducir que los niños necesitan escuchar más de una vez para saber las bases del trabajo analítico, que junto con el jugar, dibujar, hablar (por no mencionar más), el soñar tiene un lugar en la tarea a realizar. La inclusión de los sueños en la consigna podría facilitar, entre otras cosas, el incremento narrativo de los mismos.

Otros autores enfatizan en el sitio de la transferencia. Afirman que la misma puede influir tanto en la producción onírica como en su narración, en su frecuencia o en su inserción durante la situación analítica. Algunos han tenido la experiencia de que, por el sortilegio transferencial, los niños (al igual que los adultos) utilizarían los sueños para seducir al analista: contándolos, satisfacen su placer narcisista y el de quien los escucha.

En el artículo de Blom (1960) Evelyn Rexford señala que faltaría más difusión literaria al respecto y nunca obviar que, entre los sueños y las edades del soñante, hay una correspondencia que no podemos descuidar:

Deberíamos reunir más datos analíticos sobre los sueños infantiles, intercambiar opiniones y tomar en cuenta las nuevas variables operativas, incluyendo los aspectos relativos a la maduración y al desarrollo, las circunstancias de vida, la situación transferencial y la posición técnica del analista. (p. 218)

Indudablemente, muchos de estos comentarios o la ausencia de los mismos nos conducen a: falta mucho por investigar y formular acerca de la técnica y de la teoría de la técnica respecto a los sueños de los niños en la práctica psicoanalítica.

## CONCLUSIONES

Esta presentación tuvo, desde sus orígenes, la idea de transmitir una serie de dudas teóricas y técnicas en torno a *los niños y sus sueños*, y las respuestas que ellas merecen.

Hablando de sueños, el sueño -o, más bien, el ensueño- habría sido encontrar respuestas más afinadas a cada uno de los planteos. Pero sabemos que existen sueños que no dan cumplimiento a los deseos. Lo logrado es una investigación primaria a un tema vasto, profundo y polémico, que deja el fermento de realizar un futuro acercamiento.

En este sentido:

- desde la teoría, demuestra que, si bien Freud no investigó la compulsión a la repetición en sueños de niños (en los niños), podemos deducir que ni aun los sueños de los niños podrían ser una excepción a la repetición.
- desde la técnica, se plantea:
  - a. qué lugar le dan los psicoanalistas a los sueños de los niños;
  - b. modalidades de traer y no traer los niños sus sueños al análisis;
  - c. consideraciones desde la técnica y la teoría de la técnica ante los sueños. ♦

## RESUMEN

Esta presentación tuvo, desde sus orígenes, la idea de transmitir una serie de dudas teórico-técnicas en torno a los niños y sus sueños y las respuestas que ellas me merecen.

*Desde la teoría*, demuestra que, si bien Freud no investigó la compulsión a la repetición en sueños de niños (en los niños), podemos deducir que ni aun los sueños de los niños podrían ser una excepción a la repetición. O sea, no todos los sueños de los niños son cumplimientos de deseos.

*Desde la técnica*, plantea: (a) qué lugar le dan los psicoanalistas a los sueños de los niños; (b) modalidades de traer y no traer los niños sus sueños al análisis; (c) consideraciones desde la técnica y la teoría, y la teoría de la técnica ante tales sueños.

## BIBLIOGRAFÍA

- Aberastury, A. (1969). *Teoría y técnica del psicoanálisis de niños*. Paidós. (Trabajo original publicado en 1962).
- Blom, G. E. (1960). The role of the dream in child-analysis. *Panel Report*, 8, 517-525.
- Chiland, C. (1974). La psychanalyse des enfants en 1920 et en 1974. *La Psychiatrie de l'Enfant*, 18, 211-218.
- Dowling, S. (1982). Dreams and dreaming in relation to trauma in childhood. *International Journal of Psychoanalysis*, 63, 157-166.
- Firpo, J. M. (1974). Noche soñé. En J. M. Firpo, *El humor en la escuela*. Arca.
- Freire de Garbarino, M. (1986). La entrevista de juego. En M. Freire de Garbarino (comp.), *El juego en psicoanálisis de niños*. Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- Freud, A. (1974). Four lectures on child analysis. En A. Freud, *Introduction to psychoanalysis* (pp. 3-69). Hogarth. (Trabajo original publicado en 1927).
- Freud, S. (1953a). The interpretation of dreams. En J. Strachey (ed.), *The standard edition of the complete psychological works of Sigmund Freud* (vol. 4). Hogarth. (Trabajo original publicado en 1900 [1899]).
- Freud, S. (1953b). The interpretation of dreams. En J. Strachey (ed.), *The standard edition of the complete psychological works of Sigmund Freud* (vol. 5). Hogarth. (Trabajo original publicado en 1900-1901).
- Freud, S. (1955a). Beyond the pleasure principle. En J. Strachey (ed.), *The standard edition of the complete psychological works of Sigmund Freud* (vol. 18). Hogarth. (Trabajo original publicado en 1920).
- Freud, S. (1955b). From the history of an infantile neurosis. En J. Strachey (ed.), *The standard edition of the complete psychological works of Sigmund Freud* (vol. 17). Hogarth. (Trabajo original publicado en 1918).
- Freud, S. (1955c). The «uncanny». En J. Strachey (ed.), *The standard edition of the complete psychological works of Sigmund Freud* (vol. 17). Hogarth. (Trabajo original publicado en 1919).
- Freud, S. (1959). Inhibitions, symptoms and anxiety. En J. Strachey (ed.), *The standard edition of the complete psychological works of Sigmund Freud* (vol. 20). Hogarth. (Trabajo original publicado en 1926).
- Freud, S. (1962). Analysis of a phobia in a five-year-old boy. En J. Strachey (ed.), *The standard edition of the complete psychological works of Sigmund Freud* (vol. 10). Hogarth. (Trabajo original publicado en 1909).
- Freud, S. (1963). Introductory lectures on psychoanalysis. En J. Strachey (ed.), *The standard edition of the complete psychological works of Sigmund Freud* (vol. 15). Hogarth. (Trabajo original publicado en 1915-1916).
- Freud, S. (1966). An outline of psycho-analysis. En J. Strachey (ed.), *The standard edition of the complete psychological works of Sigmund Freud* (vol. 23). Hogarth. (Trabajo original publicado en 1940).
- Garma, Á. (1970). Trauma o satisfacciones de deseos en la génesis de los sueños. En Garma, A., *Nuevas aportaciones al psicoanálisis de los sueños*. Paidós.
- Klein, M. (1975). The psychological foundation of child analysis. En M. Klein, *The psycho-analysis of children*. Hogarth. (Trabajo original publicado en 1932).
- Lebovici, S. (1981). El psicoanalista del niño y el sueño. En R. Diatkine, E. Ferreiro, E. García Reinoso, S. Lebovici y J. C. Volnovich, *Problemas de la interpretación en psicoanálisis de niños*. Gedisa.
- Médici de Steiner, C. (1983). «Lara»: Del autismo al zoomorfismo. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 69, 61-113.
- Pfeifer, F. (1919). Expresión de las pulsiones eróticas infantiles en el juego. *Revista Argentina de Psicología*, 13(33), 113-131.
- Saussure, J. de (1982). Dreams and dreaming in relation to trauma in childhood. *International Journal of Psychoanalysis*, 63, 167-175.